

(Un despacho en Nápoles. Fotografías, cortinas, maquetas de arquitecturas nunca realizadas, montones de dibujos y de esperanzas. Sobre la mesa, un proyecto para una Casa en Positano)

El cliente: La habitación en la planta superior y el solarium están bien. Pero lo que yo no entiendo es la idea de plantar ahí encima esos cubos tan duros y leñosos: esta voluntad de ser originales a toda costa. (*Lamentándose*): Una casa sin puertas y casi sin paredes, una cocina reducida a una barra, una escalera metálica y estos dos árboles que atraviesan el techo. ¿Cómo se puede vivir en esta casa?

El arquitecto (*entre dientes*): Pobres versos míos...

El cliente: ¿Cómo dice? Y además, ¿por qué ha proyectado sobre este terreno tan plástico una casa rígida y fría? Me parece que unos muros curvos estarían mejor en este lugar. Usted convierte el ángulo recto en el evangelio.

El arquitecto: Sí. Nosotros creemos en el ángulo recto. Es una de las pocas cosas que distinguen al hombre de la bestia. Mire con detenimiento estas fotografías, mírelas bien, y busque una sola casa curva. Todas son rectas, inflexibles. Es cierto... porque son de una época en la que todos tenían la sensibilidad adecuada para hacerse una casa...

El cliente: ... y no hacía falta llamar al arquitecto. Está bien. Pero yo me quejo de la sustancia, de la dificultad de vivir cómodamente en esta casa sin habitaciones, sin cierres y sin servicios. ¿Dónde se come? ¿Dónde se recibe? ¿Por dónde se pasa?

El arquitecto: Muchacho, los prejuicios lo han convertido en un viejo. Ha adquirido demasiadas malas costumbres para que se le pueda curar así de golpe. Usted mismo es ingeniero y ha construido casas donde se vive como usted dice (desgraciadamente). Usted es lo que se llama un hombre práctico: vende viviendas como el panadero vende bocadillos, y no se da cuenta de que no ha habitado nunca una casa. (*Agresivo*): ¿Qué va usted a hacer con un restaurante barato al que llama comedor, con una antesala de dentista a la que llama sala de estar, y con esas habitaciones tipo pensión familiar?

El cliente (*conciliador*): Pero yo estoy bien en mi casa. Sólo le había pedido



el proyecto para una casa en el mar. Eso es todo.

El arquitecto: Le voy a decir una cosa con la serenidad del médico que no tiene tiempo, ni manera de explicar sus recetas: esta casa es sobre todo su medicina. Y consuéllese pensando que no va a ser el primero en tener una experiencia parecida.

El cliente: Pero yo he pedido una casa, no un sanatorio; no puedo aceptar hacer de cobaya para sus experimentos, ser una víctima de su intransigencia.

El arquitecto: Si quisiera ser intransigente y radical con usted le diría que para vivir en Positano una simple vida de pescador, como usted quiere, no hace ninguna falta una casa. Basta con una manta de lana y un sedal, y lo necesario para asar un sargo o un salmonete.

El cliente: ...¡Pero esto es poesía! A usted lo que le gustaría es hacer una casa con un trocito de mar, el perfume de una fritura y “nugarofano russo int’ à na testa” (un clavel rojo en un jarrón).

El arquitecto: ¡De acuerdo! Pero aquí precisamente empieza nuestra profesión...

Deus ex machina (el propietario del acantilado, también él un hombre práctico): Pues ahora va usted a ver: esta casa no se hará porque yo no vendo el acantilado.

(Cae el telón... y las esperanzas)

1. L. Cosenza; B. Rudofsky. Casa en Positano, 1937. Fotomontaje de la vista este
2. Luigi Cosenza en la sala Vincenzo Gemito de su estudio en Nápoles, 1977



Este texto es una conversación imaginaria entre Luigi Cosenza y el cliente de la Casa en Positano, publicado en: G. Cosenza; F.D. Moccia. *Luigi Cosenza l'opera completa*. Electa, Napoli, 1987